

SANTA TERESA DE JESUS.

CUÁN BAJAMENTE SENTIA DE SÍ MISMA LA GRAN SANTA.

Considero algunas veces como todas aprovechan sino yo, que para ninguna cosa valgo. Y cierto por todas partes me parece no ha habido otra peor en el mundo que yo... Esto no es cierto humildad, sino verdad.

(*Santa Teresa de Jesús*).

«Una vez estaba yo considerando, por qué razón era Nuestro Señor tan amigo desta virtud de la humildad; y púsoseme delante, á mi parecer sin considerarlo, vino de presto esto, que es porque Dios es suma verdad, y la humildad es andar en verdad, que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada: y quien esto no entiende, anda en mentira; á quien mas lo entiende, agrada mas á la suma Verdad, porque anda en ella. Plega á Dios, hermanas, nos haga merced de no salir jamás de este propio conocimiento. Amen.»

Así discurría la humilde Doctora española con la profunda exactitud y sutileza del mas consumado teólogo sobre la primera ó fundamental de las virtudes cristianas, como si hubiese estudiado en san Bernardo, Sermon 42, sobre el Cántico de los cánticos. Y esta doctrina nos ha de servir de regla para apreciar los quilates de la virtud de Teresa en el estudio detenido que vamos á emprender sobre su humildad.

Para mayor orden y claridad debemos distinguir con santo Tomás (1) la humildad en interior y exterior. Llamamos humildad interior la baja opinion que tenia de sí la Santa, la cual por sus dichos y palabras se manifiesta bien; y exterior la que mostró con las obras. La interior, siguiendo á Ricardo de san Víctor (2), tiene como tres grados. El primero es de los que conocen su miseria y bajeza; el segundo de los que no sienten ni huyen de que otros la conozcan; y el último es de los que apetezen ser vilipendiados.

Santa Teresa de Jesús tuvo estos tres grados de humildad con

(1) Secunda secundæ, Q. 161, ar. 2 et 6.

(2) P. I, l. 2, de Erud. hom. inter., c. 32.

toda perfeccion. Oigamos á la misma Santa cómo nos revela con sentidas palabras el bajo conocimiento que tenia de sí.

Las primeras palabras que la obediencia obligó á escribir á nuestra Santa, son de humildad profundísima. El justo, dice la Escritura, es el primero en acusarse á sí mismo. Acúsase la humilde Teresa á sí propia cuando al escribir su Vida admirable, prorumpe en sentidas quejas porque le obligan á referir mercedes del Señor, y no le dejan contar sus pequeñas faltas, y dice así: « Quisiera yo que como me han mandado y dado larga licencia, para que escriba el modo de oracion y las mercedes que el Señor me ha hecho, me la dieran, para que muy por menudo y con claridad dijera mis grandes pecados y ruin vida. Dírame gran consuelo; mas no han querido, antes atá dome mucho en este caso: y por esto pido por amor del Señor, tenga delante de los ojos, quien este discurso de mi vida leyere, que ha sido tan ruin, que no he hallado Santo, de los que se tornaron á Dios, con quien me consolar. Porque considero, que despues que el Señor los llamaba, no le tornaban á ofender: yo no solo tornaba á ser peor, sino que parece traía estudio á resistir las mercedes que su Majestad me hacia, como quien se via obligar á servir mas, y entendia de si, no podia pagar lo menos de lo que debia. Sea bendito por siempre, que tanto me esperó. »

Estas páginas revelan la mas profunda humildad, y se echa de ver con cuánta verdad pudo decir mas tarde la misma humilde Santa: « El humilde se huelga de los desprecios, y le son como una música muy suave (1). »

Cuando era todavía monja calzada en la Encarnacion de Avila, en la pared de su celda, donde tenia algunas imágenes de los santos para excitarse á devocion, habia una inscripcion que decia: « No entres, ó Señor, en juicio con tu siervo (2). » Este espíritu de compuncion y temor de la divina justicia, que le causaba profunda humildad, lo traía en su alma continuamente fijo, como persona que necesitada estaba de la misericordia del Señor. A menudo se caía de sus labios aquella jaculatoria del real Profeta: « Yo cantaré eternamente las misericordias del Señor (3). » Estas misericordias del Señor fueron no solo medio, segun ella afirma, para traerla Dios á su servicio, sino para sacarla del infierno (4).

Una de las cosas que humillaban mas á la agradecida y magnánima Teresa, era el recibir mercedes del Señor, conociendo ella su ruindad

(1) Mor. 6, 1.

(2) Salmo 142, 2.

(3) Salmo 88.

(4) Relacion de su vida á san Pedro de Alcántara, n.º 29.

y vileza. Oigamos sus abrasadas expresiones: «A la verdad tomábades, Rey mio, el mas delicado y penoso castigo por medio, que para mí podia ser como quien bien entendia lo que me habia de ser mas penoso. Con regalos grandes castigábades mis delitos... Era tan mas penoso para mi condicion recibir mercedes cuando habia caido en graves culpas, que recibir castigos... porque lo postrero veia lo merecia, y parecíame pagaba algo de mis pecados, aunque todo era poco segun ellos eran muchos... ¡Oh Señor mio, qué bueno sois! Bendito seais para siempre; alaben os, Dios mio, todas las cosas, que así nos amastes... Acaéceme muchas veces, cuando acabo de recibir estas mercedes, ó me las comienza Dios á hacer, decir: Señor, mirá lo que haceis, no olvideis tan presto tan grandes males míos, ya que para perdonarme los hayais olvidado, para poner tasa en las mercedes os suplico se os acuerde. No pongais, Criador mio, tan precioso licor en vaso tan quebrado, pues habeis visto de otras veces, que lo torno á derramar. No pongais tesoro semejante á donde aun no está como ha de estar perdida del todo la codicia de consolaciones de la vida, que lo gastará mal gastado. ¿Cómo dais la fuerza desta ciudad, y llaves de la fortaleza della á tan cobarde alcaide, que al primer combate de los enemigos los deja entrar dentro? No sea tanto el amor, ó Rey eterno, que pongais en aventura joyas tan preciosas. Parece, Señor mio, se da ocasion para que se tengan en poco, pues las poneis en poder de cosa tan ruin, tan baja, tan flaca y miserable, y de tan poco tomo; en fin mujer, y no buena, sino ruin; que ya que trabaje para no las perder con vuestro favor (y no es menester pequeño, segun yo soy), no puede dar con ellas á ganar á nadie. Parece que no solo se esconden los talentos, sino que se entierran en ponerlos en tierra tan astrosa. No soleis Vos, Señor, hacer semejantes grandezas y mercedes á un alma, sino para que aproveche á muchas.»

¿Pueden darse, lector mio, más sentidas palabras para revelar la humildad profundisima que una alma atesora? Pues, con todo, á la humilde Teresa aun le parecia semejante lenguaje descubridor de poca humildad. «Despues de decir estas cosas veia, añade la Santa, mi poca humildad.»

Tan bajo concepto tenia formado de sí propia, que dominada de este sentimiento, aunque no verdadero, pero nacia en fin de corazon humilde, dejó un año de tener oracion por parecerle ser indigna de tenerla y de recibir mercedes del Señor sirviéndole tan mal. Tambien á los principios, como veia que entendia todo lo que los libros espirituales dicen de la oracion, por alto que fuese, no lo leia, porque juzgaba ser poca humildad pensar ella que habia llegado á aquellos grados de oracion que allí se ponen; y queria mas leer en las vidas de los

Santos, porque con los ejemplos de ellos se confundia. Por este sentimiento de humildad no se atrevia á tratar con personas tan santas y de tanta perfeccion como entendia eran los de la Compañía de Jesús. Hablando de la humildad y bondad del caballero santo D. Francisco Salcedo, que no se desdeñaba de tratar y hablar con ella, dice así: «Su humildad á mi espántame... Aquí se vió su grande humildad, querer tratar persona tan ruin como yo (1).

Oigamos por fin cómo ella misma demuestra cumplidamente el bajo conocimiento que de si tenia formado, por la siguiente relacion de su Vida que escribió por órden de san Pedro de Alcántara, su confesor.

«Vanagloria, gloria á Dios, que yo entienda, no hay por que la tener, porque veo claro en estas cosas que Dios da, no poner nada en mí, antes me da Dios á sentir mis miserias, que cuanto yo pudiera pensar, no pudiera ver tantas verdades como en un rato conozco. Cuando hablo de estas cosas de pocos días acá, paréceme son como de otra persona; antes me parecia algunas veces era como afrenta que las supiesen de mí, mas ahora paréceme que no soy por esto mejor, sino mas ruin, pues tan poco me aprovecho con tantas mercedes. Y cierto por todas partes me parece no ha habido otra peor en el mundo que yo. Y así las virtudes de los otros me parecen de harto mas merecimiento, y que yo no hago sino recibir mercedes.» Y despues añade: «Paréceme que aunque con estudio quisiese tener vanagloria, que no podria, ni veo cómo pudiese pensar que alguna de estas virtudes es mia, porque ha poco que me vi sin ninguna muchos años, y agora de mi parte no hago mas de recibir mercedes sin servir, sino como la cosa mas sin provecho del mundo. Y es así que considero algunas veces cómo todas aprovechan sino yo, que para ninguna cosa valgo. Esto no es cierto, humildad, sino verdad, y conocerme tan sin provecho me trae con temores algunas veces de pensar no sea engañada. Así que veo claro, que destas revelaciones y arrobamientos (que yo ninguna parte soy ni hago para ello mas que una tabla) me vienen estas ganancias.»

¿Quién habrá de nosotros que no se confunda al leer estas ingenuas declaraciones de la humildisima Teresa? Si la Santa, que era *gran baratona y se deshacia y desvivía* por trabajar fomentando los intereses de su Esposo Jesús, se tiene en su humildad por la cosa mas sin provecho del mundo; si Teresa de Jesús, que obraba siempre lo mas perfecto en cumplimiento de un voto heróico, se juzgaba por lo mas ruin y peor del mundo, y que no valia para ninguna cosa buena, ¿qué debemos sentir de nuestra miseria nosotros que, en los quebrantos que sufren

(1) Vida, c. 23.

hoy día los intereses de Cristo Jesús, nuestro Dios y Señor, no servimos mas que para lamentarnos de tamaños males, y si algo decimos por remediarlos nos estimamos ya por los mejores del mundo? ¿Quién de nosotros no puede y debe repetir á vista de sus pecados y falta de buenas obras lo que exclamaba en su humildad la gran Teresa (1): «¿Qué hace, Señor mio, quien no se deshace todo por Vos? Y ¡qué dello, qué dello, qué dello, y otras mil veces lo puedo decir me falta para esto! Por esto no habia de querer vivir, porque no vivo conforme á lo que os debo. ¡Con qué de imperfecciones me veo! ¡Con qué flojedad en servirlos! Es cierto algunas veces quisiera estar sin sentido por no entender tanto mal de mí.»

NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN.



Solo puedo presumir de la misericordia del Señor, y no tengo otro remedio sino llegarme á ella, y confiar en los méritos de la Virgen, Madre suya, cuyo hábito indignamente traigo. Alabadle, hijas mías, que lo sois desta Señora verdaderamente... Pues teneis tan buena Madre, imitadla, y considerad qué tal debe ser la grandeza desta Señora, y el bien de tenerla por patrona.

(*Santa Teresa de Jesús, Mor. 3, c. 1.*)

Hé aquí un título ó advocacion de la Virgen, la mas popular en la mas bella acepcion de la palabra, por ser la mas antigua, universal y provechosa. Todas las fiestas de Maria, Madre de Dios y Madre de los hombres, excitan en el corazon de los fieles, sus hijos, sentimientos de amor y gratitud, que se revelan con muestras de alegría y regocijo; pero la de la Virgen del Cármen las supera á todas. Mil veces he admirado este hecho consolador en la industriosa Barcelona, donde gran parte del pueblo suspende sus tareas en este día, enrama las calles, y eleva en medio de ellas altares á la Virgen del Carmelo, adornados con profusion de luces, donde reza y canta á la Reina de su amor, Maria, Madre de Dios. Y lo que allí sucede se repite en otras ciudades; y en todos los pueblos se la obsequia, y no se hallará uno solo que no tenga algun altar consagrado á la Virgen Carmelitana.

¿Por qué este hecho?—Porque en la invocacion de la Virgen del Cármen halla el pueblo cristiano remedio en toda necesidad: en vida, en la muerte y mas allá del sepulcro. Esto explica tan popular devocion. El pueblo no es dado á discurrir; pero sí que en su instinto cris-

(1) Vida, c. 39.

tiano abraza siempre con preferencia las devociones que, bajo formas sensibles, se le presentan rodeadas de grandeza y bondad, demostradas por hechos visibles, al alcance de todos. Y tal es la devocion á Nuestra Señora del Cármen.

Tiene esta devocion titulos de antigüedad los mas respetables. Posee además el santo Escapulario, prenda visible del amor especial de María, y por cuya mediacion se obran todos los dias numerosos milagros y obtienen sus devotos toda clase de gracias. La Iglesia por otro lado abre sus tesoros y franquea con sin igual generosidad sus gracias á todos los hijos del Carmelo, y María Madre de Dios se complace en llamarse Madre y Virgen del Cármen, distinguiendo con privilegios singularísimos á los que la invocan con tan hermoso dictado.

Por ello no hay nombre que se repita mas á menudo por el pueblo fiel, ni Santo, ni titulo de la gran Madre de Dios á que se recurra con mayor confianza en toda clase de necesidades y peligros.

¡Virgen del Cármen! clama el marinero en deshecha tormenta y el náufrago que ve el abismo abierto á sus piés sin socorro humano. ¡Virgen del Cármen! grita el soldado cristiano en lo mas horroroso del combate, y guarnecido con el escudo del santo Escapulario, lánzase lleno de confianza en medio de las balas, como si fuese invulnerable. A la ¡Virgen del Cármen! invoca el moribundo en el lecho del dolor cuando su alma se halla próxima á presentarse al tribunal de Dios. ¡Virgen del Cármen! repite sin cesar el cristiano en todos los peligros y accidentes de la vida, y á su poderosa proteccion confiesa deber toda clase de favores y gracias. Y aun mas allá del sepulcro, en la eternidad, óyese el clamor de prisioneros pacientes que sin cesar elevan al cielo esta humilde plegaria: «Madre mia, Virgen del Cármen, acordaos y apiadaos de nosotros: libertad nuestras almas de las penas del purgatorio, y llevadnos al cielo en el primer sábado, segun vuestra promesa.»

La *Revista Teresiana* que se gloria, como su Patrona, de ser Carmelitana, mira con singular cariño y aprecio todo lo que dice relacion con la Virgen del Carmelo, y tiene á gran gloria y considera como un deber el propagar devocion tan antigua y veneranda, tan autorizada y provechosa, á la par de la de Teresa de Jesús, su mas ilustre hija.

Hemos expresamente reservado el hablar de la Virgen del Cármen hasta llegar el dia de su fiesta, porque queremos merecer su proteccion y sus bondades, empezando una série de artículos relativos todos á este objeto, en los que expondrémos con la mayor claridad y brevedad posibles las glorias del Carmelo. A tres puntos podemos reducir todo lo que mas interesa saber á los amantes Teresianos respecto á este particular. Esto es: 1.º la antigüedad de la Orden de la Virgen y sus privilegios; 2.º las mercedes que la Virgen le ha dispensado y

que la Iglesia ha confirmado con su autoridad, ó sea el escapulario, ó cofradía; y por último, la Orden Tercera de Nuestra Señora. Además de que, como confiamos en breve aumentar la lectura de nuestra *Revista*, podremos dedicar holgadamente en la mayor parte de los números algunas páginas que despierten ó aviven en los amantes de la ilustre hija del Carmelo el amor y confianza hácia la mas bondadosa y compasiva de las madres. Y así la *Revista Teresiana* será con el tiempo, y con el favor del cielo, Revista Carmelitana, pues unos mismos son los intereses, la honra y la gloria de la Hija y de la Madre.

DESDE LA SOLEDAD...

Ya Señor, ya Señor, haced que sosiegue este mar: no ande siempre en tanta tempestad la nave de la Iglesia y de España. Salvadnos, Jesús mío, que pereceremos.

(*Santa Teresa de Jesús*).

Santa Teresa de Jesús, en vista de los males que oprimian al mundo en sus dias, descaba ponerse en lo alto de una montaña, y desde allí no exclamar á todos los mortales sino estas palabras; *¡Almas, orad, orad, orad!*

Si alguna vez he creido necesario recordar á mis hermanos los españoles el dicho de santa Teresa, es en las presentes circunstancias. Estamos ya en la gorda, y amenaza estallar la gordísima para hundirnos todos con ella ó salvarnos.

Sí, hermanos míos, es necesario, de necesidad extrema, implorar de todo corazon el auxilio de Dios, sin cesar. El mundo, muchos españoles parecen efectivamente dejados de la mano de Dios segun blasfeman y profanan lo mas santo y sagrado. El demonio parece anda suelto, y con libertad para dañar y prevalecer contra lo que lleva el sello de Dios. ¿Por qué, me he preguntado varias veces en el silencio de mi soledad, presa mi corazon de inexplicable amargura á vista de los males de España y de toda la Europa; por qué un puñado de hombres desalmados han de acozear y escupir al rostro de miles de hombres honrados? ¿Por qué una docena de hombres viles, de almas ruines, han de dominar á todo un pueblo de ciudadanos decentes? ¿Por qué unos cuantos impíos han de insultar á mansalva con todo descaro y osadía la fe y creencias de millones de cristianos? He examinado á la luz del Santuario este fenómeno que hoy se repite casi en

todos los pueblos y ciudades de España, y, francamente lo digo, no he hallado otra explicacion mas que esta: No se ora como se debe por los que se llaman católicos: y así su fe es tibia, su corazon está frio é indiferente en las cosas de Dios. Hay, sí, muchas almas que se apellidan católicas, pero enclenques y debilísimas para batallar las batallas del Señor y defender, hasta derramar la sangre, sus derechos sagrados y los de su Iglesia.

¡Cómo se cumple al pié de la letra la profunda verdad de la gran Maestra de la oracion! Alma sin oracion es como un cuerpo con perlesia ó tullido: todos sus movimientos son tardios y difíciles. Hay muchas almas católicas, sí, pero enfermas, atacadas de parálisis las que no pueden obrar encontrando oposicion.

Nos faltan Santos; algunas de aquellas almas viriles, fuertes con la fortaleza de Dios, que digan en su nombre á la revolucion: «Retrocede al abismo de donde saliste.» Y á los que se glorían de su malicia y se muestran poderosos en la impiedad: «Calla, enmudece. ¿Quién como Dios?» ¡Qué grandeza de Dios! exclama la gran Teresa, que puede mas á las veces un hombre solo ó dos que digan verdad, que muchos juntos! Como haya uno ó dos que sin temor sigan lo mejor, luego torna el Señor poco á poco á ganar lo perdido.

Mas ¿dónde están estas almas hoy dia en nuestra España, las que como muro de bronce se opongan á la iniquidad triunfante? Siglo de Teresa de Jesús tan rico en grandes almas y en grandes Santos, ¿por qué no te renuevas en nuestros dias? ¿Por qué entonces tanta grandeza y dignidad, y hoy tanta ruindad y vileza?—Porque no oramos, como en el siglo de Teresa. No sube la oracion al cielo, no descien- de la misericordia de Dios sobre nosotros. Hoy se habla mas, se escribe mas, se obra mas si se quiere, pero se ora menos. Y sin la oracion la palabra no fructifica, los escritos no mueven los corazones, las obras son poco aceptas á Dios. ¡O almas, redimidas con la sangre de Cristo, entendedos y habed lástima de vosotras y de vuestros prójimos! ¡Almas! *orad, orad, orad*, porque todo lo puede la oracion. La oracion puede cerrar el infierno, abrir el cielo, y vencer al mismo Dios justamente airado. En la oracion es donde el alma recibe luz, vida y valor; donde se despoja de sus cualidades terrenas y se reviste de las condiciones de Dios, pues quien se une á Dios en espiritu, una cosa se hace con él.

Oremos, pues, hermanos, y oremos sin cesar y con fervor. Nuestras armas invencibles son la súplica y la oracion. Clamemos al Corazon de Jesús con su Esposa Teresa: O dad fin al mundo, Señor, ó poned remedio en tan gravísimos males, que no hay corazon que lo sufra aun de los que somos ruines. Suplicoos, pues, ó hermoso y santi-

simo Corazon de Cristo, que no lo sufrais ya Vos. Atajad este fuego, Señor, que si quereis podeis: habed lástima de tantas almas como se pierden, y favoreced á vuestra Iglesia y vuestra España. No permitais ya mas daños en la cristiandad, y dad ya luz á estas tinieblas, y salvadnos, Señor mio, que perecemos.

¡Ojalá pueda en la próxima carta daros un consuelo, devotos Teresianos, revelándoos el fruto de vuestras oraciones! Hágallo Teresa de Jesús, omnipotente en sus oraciones, pues ya en vida Jesucristo le prometió que no le pediria cosa que no la hiciese. A este fin os da la siguiente oracion, sacada á la letra de las obras de la Santa, y os suplica dediqueis todos los dias un cuarto de hora repitiéndola con amor y confianza á los oidos del Corazon de Jesús de Teresa, para que nos salve, y salvando á España, veamos el triunfo de la Iglesia y la paz del mundo.

EL SOLITARIO.

Oracion de santa Teresa de Jesús pidiendo la conversion de los pecadores.

¡Oh piadoso y amoroso Jesús, Señor de mi alma! Tambien decís Vos: Venid á mi todos los que teneis sed, que yo os daré á beber. ¡Pues cómo puede dejar de tener gran sed el que se está ardiendo en vivas llamas en las codicias destas cosas miserables de la tierra! Hay grandísima necesidad de agua, para que en ella no se acabe de consumir. Ya sé yo, Señor mio, de vuestra bondad que se la daréis: Vos mismo lo decís, no pueden faltar vuestras palabras. Pues si de acostumbrados á vivir en este fuego, y de criados en él, ya no lo sienten, ni atinan de desatinados á ver su gran necesidad, ¿qué remedio, Dios mio? Vos venistes al mundo para remediar tan grandes necesidades como estas, comenzad, Señor: en las cosas mas dificultosas se ha de mostrar vuestra piedad. Mirad, Dios mio, que van ganando mucho vuestros enemigos: habed piedad de los que no la tienen de sí; ya que su desventura los tiene puestos en estado que no quieren venir á Vos, venid Vos á ellos, Dios mio. Yo os lo pido en su nombre, y sé que como se entiendan, y tornen en sí, y comiencen á gustar de Vos, resucitarán estos muertos. ¡Oh vida que la dais á todos! Resucitad á estos muertos; sean vuestras voces, Señor, tan poderosas que aunque no os pidan la vida se la deis, para que despues, Dios mio, salgan de la profundidad de sus delitos. No os pidió Lázaro que le resucitásedes. Por una mujer pecadora lo hicistes: véisla aquí, Dios mio, y muy mayor: res-

plandezca vuestra misericordia. Yo aunque miserable os lo pido por los que no os lo quieren pedir. Ya sabeis, Rey mio, lo que me atormenta verlos tan olvidados de los grandes tormentos que han de padecer sin fin, si no se tornan á Vos. ¡Oh dureza de corazones humanos! ¿por qué no quereis vivir para siempre? Ablándelos vuestra inmensa piedad, mi Jesús y mi Dios. Amen.

UNA POETISA.

Era un bello dia de primavera. Un sol espléndido y radiante bañaba de claridad y hermosura los azulados espacios. Sus tibios rayos se quebraban en las brillantes cúpulas de la antigua Salamanca y se deslizaban tambien por el interior de un convento habitado por religiosas Carmelitas. Es precisamente el dia en que la Iglesia solemniza la gran festividad de la Pascua (el año de 1571), cuando nos agrada visitar en compañía de nuestros habituales lectores el mencionado convento, seguros de proporcionarles un rato de recreacion y puro deleite, toda vez que allí encontrarán por ventura corazones de mucho tiempo conocidos. Y sin mas preámbulos, no vacieis en adelantaros por la porteria que teneis hoy abierta por un rarísimo privilegio; colémonos por el solitario corredor que conduce al jardin, y no paremos hasta encontrarle, si queremos sorprender á toda la Comunidad en los momentos de honesto solaz y esparcimiento.

Las Religiosas han pasado casi toda la mañana santamente empleadas en la solemnidad del dia. Aun parece oirse el último y alegre eco del órgano que ha lanzado durante la mañana torrentes de armonía. Aun se percibe la exquisita fragancia de cera virgen y de escogido incienso, desvaneciéndose perdida por la alta bóveda de la iglesia una leve y flotante nubecilla. Las puras emociones experimentadas durante la mañana vienen á henchir aun de deleites el corazon de las religiosas que, sentadas unas á lo largo de un verde ribazo del jardin, apoyándose otras en los corpulentos troncos de los árboles, permaneciendo algunas de pié, se entretienen todas en sabrosas pláticas de cosas espirituales. Aquellos corazones virginales que se han abierto aquel dia á las suavísimas sollicitaciones de su inmaculado Esposo; aquellas almas escogidas que se abandonaron en casta confianza á todas sus embriagadoras, celestiales ternuras, ¿cómo no sentirse todavía poseidas de ese bienestar inefable que pasa por las profundidades

del alma pura? Esas alegrías, no conocidas del mundo, rompen el estrecho vaso de sus corazones y se derraman por sus semblantes que parecen iluminados con celestiales destellos.

La tarde declina. Los oblicuos rayos del sol pasan por entre el verde follaje de los árboles, nacidos con dulce murmullo por el aliento de las brisas. Cargadas estas de olores y de rocío, parece se complacen en agitar con timidez los ligeros velos de las virgenes que en graciosos pliegues flotan sobre sus espaldas. Matas de jazmines y de lirios blancos, plantados aquí y allá á lo largo de las cercas, saturan los ambientes de penetrante aroma. No lejos de allí se percibe el melodioso gotear de una fuente. Los pájaros se posan en las ramas mas altas para dar su último adiós al día con dulces y melancólicos sonidos. ¿Quién no sabe adivinar allí al no comprendido Genio de la poesía que en torno vierte su tesoro de mágicas tintas, y que de encanto purísimo lo viste todo, y que seduce, mas que los sentidos, las almas inmortales?

Presas de este encanto serán las de las Religiosas sin duda alguna, segun lo abstraídas y calladas que están, cuando de pronto una de ellas, de elevada estatura y que respira dignidad y nobleza, se levanta del banco de florido césped donde se sentaba. Todas las religiosas vuelven con cariñosa deferencia la atencion y los ojos á la que se levanta y cuyo rostro, iluminado ahora por un suave rayo de sol que se desliza por las ramas de los árboles, aparece en extremo hermoso y agraciado, con esa belleza que agranda y eleva el pensamiento y presta un bienestar tranquilo al corazón. Llama de amores castísimos relumbra en su mirada, que denuncia á la vez un alma entusiasta y poética y un corazón tierno y sensible. Ved sino con qué sonrisa de infinita expresion y bondad se dirige á las religiosas y les dice Teresa (ya lo habíais adivinado):

—Y bien, hermanas mías; ¿no quereis ahora obsequiar á nuestro buen Dios, recitándole algunas de esas coplillas tan bellas que vosotras sabeis?

— Con mucho gusto lo haríamos, contestaron algunas, si, como vuestra reverencia, supiésemos componerlas.

— No tan fácilmente, hijas mías, como vosotras creis. Pero vamos, no ignoro que vosotras sabeis hartas, y me holgara no poco en que no hiciéseis de rogar, como se estila en el mundo.

¿Y qué religiosa podria resistir á los deseos de su Madre Teresa tan delicadamente manifestados? Una de las religiosas mas cercanas, poniéndose el índice en los labios como procurando recordar, dice apostrofando á la vecina fuente:

O cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados
Formases de repente
Los ojos deseados
Que tengo en mis entrañas dibujados!

Todas las religiosas se han acercado entre tanto á su buena Madre y la rodean, formando semicírculo como cariñosas hijas. Ahora toca el turno á otra que, como si llorase males de ausencia, exclama con un timbre de inefable y dulce melancolía:

Descubre tu presencia,
Y máteme tu vista y hermosura;
Mira que la dolencia
De amor no bien se cura
Sino con la presencia y la figura.

A esta sigue otra y otra poesía. ¡Qué sencillo y hermoso palenque de versos y mas aun de sentimientos, presidido por la mas bella poetisa y por el corazon mas hermoso y delicado!

Pero escuchemos, que otra va á hablar, señalada por Teresa. Es una de las mas endiosadas religiosas, un corazon unido al de Teresa con los mas apretados nudos. No extrañeis, pues, que de su boca salgan acentos tan inflamados como estos:

Véante mis ojos,
Dulce Jesús bueno!
Véante mis ojos,
Y muérame yo luego.

Aun suenan estas enamoradas palabras, y todas las religiosas corren y se precipitan sobre su buena Madre. ¿Qué sucede? ¿Qué le pasa á Teresa? ¡Ah! Hace ya tiempo que el alma de Teresa siéntese enajenada y delirante por la hermosura de su divino Esposo, y quisiera volar, volar por aquellos infinitos espacios de la claridad y del amor. Pero ¡ay, pobre paloma candidísima! Siéntese sujeta al barro de la tierra por los grillos de la carne, y no acierta á emprender su vuelo, y padece su corazon angustias indecibles! Ha oido á su amiga palabras de dulce languidez que en sus entrañas han dejado derretimientos de una suavidad irresistible. Por eso ha caido en un desmayo. Luego se han apercebido de ello sus buenas Hijas, y con sus amorosos brazos le han formado blanda cama hasta depositarla en el pobre lecho de su celda. Entonces, presa de su deliquio de amor, cantaria con el corazon despierto las trovas del dulcísimo y místico poeta y compañero suyo, fray Juan de la Cruz:

¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado
Que á vida eterna sabe!...

Teresa queda tendida en su cama, y abandonada el alma á una inexplicable agonía de amor y de dolor. ¿Quién pudiese recorrer afortunado el misterioso velo que recata á toda mirada el arcano de sus deleitosos tormentos? Tú que vives en una misma celda y puedes gozar todos los dias del magnifico espectáculo de su alma santísima, y bebes con avidez las luces de su espíritu; tú, Ana de Jesús, que como ella debias ser tambien fundadora del Carmelo y debias llevar la semilla de tu santa Madre á los dilatados campos de la Francia y Países-Bajos, ¿no nos dirias alguna cosa de lo que pasó por Teresa en aquellos sagrados momentos?... El gustoso martirio le duró por espacio de dos dias. Otras veces, es verdad, habia experimentado este dichoso tormento de amor, pero jamás en un grado tan subido. Ella misma lo declaró á su confesor en estos términos: «Esta vez, dijo, la intensidad del dolor llegó hasta traspasar mi alma. Ahora comprendo mejor el martirio que debió sufrir la santísima Virgen cuando fué su alma atravesada por la espada de dolor.»

Mas como quiera que el encendido dardo del divino amor «nunca mata sino para dar vida, así como nunca llaga sino para sanar,» al decir de san Juan de la Cruz; y como quiera que la llaga que abre en el corazon es «tanto mas subidamente regalada, cuanto mas en el centro íntimo del alma toca el cauterio de amor, abrasando todo lo que se pudo abrasar, para regalar todo lo que se pudo regalar,» como dice el mismo escritor; de aquí es que Teresa, al despertar de su sueño de deleites, lleno aun el espíritu de subidísimas imágenes y de sentimientos sobre todo encarecimiento puros y delicados, empuñan istintivamente su citara de oro, y canta sobre ella el mas hermoso de los cánticos, y que es, segun sábios críticos, la mejor elegía que existe. Oid, almas delicadas, enamoradas de lo noble y de lo bello; corazones sensibles á las hermosuras del cielo y de la virtud, escuchad las melodias virginales de un cantar nuevo, que brotan de las sonoras cuerdas como abrasado torrente, que llamean en rápidas ondulaciones, y vienen como dardos á atravesar las entrañas del espíritu. Oid á la Santa y á la poetisa preludiar el hermoso tema de sus canciones:

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.

Hé ahí la dulce queja que exhala su alma. No, no es ella un trabajo del espíritu, como ella misma ha confesado; es sí un brote es-

pontáneo del corazón, es el grito de su alma atormentada por el amor, que para más sumergirse en las deliciosas aguas de su martirio, canta en varios tonos y paladea sus inenarrables dulzuras, arrancando de su cítara tan delicadísimas melodías como estas:

Aquesta divina union
Del amor con que yo vivo,
Hace á Dios ser mi cautivo,
Y libre mi corazón.
Mas causa en mí tal pasión
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

¿Quereis oír ahora el lánguido suspirar de Filomela, en la tarde cuando el sol muere, cuyos tristes gemidos comunican al alma dulce y bienhechora melancolía? Pues, seguid oyendo á Teresa:

¡Ay! qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida!
Solo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero!

Luego después de apostrofar á la vida y decirle que no le sea molesta, como si sobre su cabeza inflamada se abriese el estrellado velo, prorrumpe en estas aspiraciones:

Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera;
Hasta que esta vida muera
No se goza estando viva.
Muerte, no me seas esquiva,
Vivo muriendo primero,
Que muero porque no muero!
Estando ausente de tí,
¿Qué vida puedo tener,
Sino muerte padecer,
La mayor que nunca ví?
Lástima tengo de mí
Por ser mi mal tan entero,
Que muero porque no muero.

Copiaríamos todas las estrofas de la preciosa composición de Teresa que ella intituló: *Glosa*. La Santa no busca la armonía del ritmo, ni la delicadeza de expresión, ni lo escogido del pensamiento; pero todo le sale al encuentro. El genio de la más ideal poesía en-

vuelve su alma con divinos resplandores, y solo luz, amor y armonía puede dar de sí, pues solo en atmósfera de luz, de amor y de armonía vive. Su citara es su corazón amante y enamorado. Y ¿quién poseyó un corazón como el de Teresa? Humedecidas de amoroso llanto están ahora sus cuerdas; llanto de amor que se adivina correr con delicia en esta estrofa última que copio :

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida,
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte.
Mira que muero por verte,
Y vivir sin tí no puedo,
Que muero porque no muero!

Pido perdón á mis lectores, por haberme atrevido á tocar flores tan delicadas y puras como estas. Es verdad que lo he hecho con respeto, y sobre todo con entrañable amor; pero así y todo, temo que mis manos no las hayan en mal hora marchitado, y que mi aliento no las haya, sin quererlo, manchado ú oscurecido. ¡Pero qué! nuestra santa poetisa es tan buena, que todo lo sabrá dispensar á su enamorado.—*J. A.*

Tortosa 9 julio 1873.

¡SI SE HA CAIDO, LEVANTARLA!

Esto respondió con mucha paz la magnánima virgen Teresa de Jesús á su amiga D.^a Guiomar de Ulloa cuando muchos demonios se juntaron para derribar la pared firme y bien hecha del primer convento de la Reforma descalza de San José en Avila, para ver con este intento si desmayando de su santa empresa la animosa Castellana con los obstáculos de dinero y otras dificultades, le era hacedero ahogar en su cuna obra de tanta gloria de Dios.

Habiase hecho una pared muy buena y grande con su cimiento de piedra, dice el P. Ribera, y lo demás de tapia con rafas de piedra, ó de ladrillo muy firme, que habia costado hartos dineros, y estos se habian habido no con poco trabajo. Esta se cayó una noche toda con haberla hecho muy buenos oficiales. Y estando Juan de Ovalle muy enojado con ellos y puesto en que la habian de tornar á hacer á su

costa, porque habian tomado la obra á destajo, llamó la santa Madre á D.^a Juana, y dijola: «Diga á mi hermano que no porfie con esos oficiales, que no tienen ellos la culpa, porque muchos demonios se juntaron para derribarla: calle y tórneles á dar otro tanto.» Y despues la dijo á la misma D.^a Juana: «¡Qué fuerza pone el demonio para estorbar esto! pues no le ha de aprovechar.» Y así fué, porque, enviando doña Guiomar un propio á su madre, que estaba en Toro, pidiéndola treinta ducados por orden de la Santa, aunque con harto miedo que no los daria, dijola Teresa en pasando dos ó tres dias: «Hermana, alégrese, que los treinta ducados son ciertos; ya están contados y en poder del hombre que enviamos: en la cuadra baja se los contaron.» Y así fué: prosiguiendo y dando fin á su obra á pesar de los pesares del infierno junto.

¡Qué animosa mujer la gran Teresa! ¡Qué espíritu varonil! Cualquiera alma que no fuera de su temple hubiese desmayado con este encuentro, como sucedió á su íntima amiga D.^a Guiomar que desmayó luego diciéndola, que no debía ser voluntad de Dios que aquella obra se hiciese, pues la pared tan bien hecha y firme se habia caido, y que por esto debian desistir de su empeño.

¡Qué bien viene este recuerdo y dicho de Teresa hoy dia que en nuestra católica España van cayendo una tras otra las paredes de los conventos y las casas de Dios, no por manos de invisibles enemigos, sino por los que se cubren aun con el manto de amigos de la humanidad y del progreso! Ya que no somos por falta de valor cristiano parte para impedir que caigan las casas del Señor, como es nuestro deber, á lo menos cuidemos de levantarlas. Si por nuestra culpa debemos confesar que se han caido, la razon y la justicia nos obligan á exclamar: ¡Levantarlas! Tantas cosas hemos dejado caer en nuestra España por nuestra culpa, que apenas queda nada bueno en pié. Cayó la unidad católica en nuestra patria; cayó la santidad del matrimonio; cayó el respeto á la autoridad; cayó la verguenza pública; cayó la honra nacional; están amenazados de caer todos los templos, y luego se dirá con toda verdad, si Dios no lo remedia: Cayó la España católica, y con ella el individuo, la familia y la propiedad; el orden y la paz. Porque España, ó ha de ser católica, ó no será. España ha caido de su antigua grandeza; España ha caido de su dignidad, no tanto por los esfuerzos de los malos, cuanto por la apatia de los buenos. ¿Qué hacer, pues? Levantarla con la union y ayuda de todos los que oyen misa y se precian del dictado de católicos. Ha caido por nuestra culpa: repitamos todos con la decision y fe de la patrona de las Españas, la gran Teresa: Levantarla. No estamos solos en esta santa empresa. Teresa de Jesús y Jesús de Teresa nos ayudarán, pues se trata de su honra. ¡Oh que

fuerza pone el demonio para estorbar esto! Digamos con la decision y fe de Teresa: *Pues no le ha de aprovechar.* Y así será si nosotros queremos. Entre españoles fervorosos católicos el querer es poder.—C.

UN HECHO EDIFICANTE.

«Es proteccion en vida, salvacion en la muerte, y libertad en el purgatorio.»

«Yo no temo á las balas, ni á la muerte,» me repetia con toda sinceridad un anciano de ochenta años.

—¿Cómo no? le repliqué admirado. ¿Acaso se cree V. inmortal é invulnerable?

—¡Ah! no; respondió. Pero tengo un secreto, poseo un talisman de virtud tal, que con él nada ni nadie de este ni del otro mundo me podrá dañar.

—¿Y solo V. lo posee? Por Dios y su Madre santísima que me lo descubra, pues tiene V. un pié en el sepulcro, y seria una desgracia digna de llorarse para siempre si con V. se enterrase ese secreto.

—No temas, hijo mio, que esto suceda. Amo al prójimo como á mí mismo, y no soy avaro de lo que puede hacer bien á mis semejantes. Oye con atencion, y graba en tu memoria lo que voy á referirte, pues desearia que todos los hombres supiesen lo que á mi me sucedió. Muchas veces lo he referido, pero siempre hallo nuevo gusto en repetirlo.

Y prosiguió de ésta suerte el venerable anciano: «Habrás oido contar como, en lo que va de este siglo, ha habido guerras, hambres y pestes; y que muchos de los españoles murieron en guerra con el extranjero, ó con sus propios hermanos. Pues bien, yo seguí el azar de estas guerras, pues mi inclinacion siempre ha sido á las armas; mas, á pesar de hallarme en cien combates, haber cantado victoria de mis enemigos y caido prisionero muchas veces, nunca temí á la muerte, y siempre me persuadí que no moriria de desgracia. Y así ha sido. Porque regresé al seno de mi familia sano y bueno, sin que un rasguño rozase mi carne. Querrás saber el por qué de mi persuasion profunda, el secreto que obraba en mi ánimo esta creencia; pues te lo voy á decir, y ¡ojalá de él te aproveches! Has de saber que desde que abrí mis ojos á la luz de la razon me hallé sobre mi pecho el escapulario de la Virgen del Cármen, y mi buena y cristiana madre al dármelo á besar todas las mañanitas y todas las noches, despues de rezarle siete

Padre nuestros, me repetía: «El escapulario de María, hijo mio, en vida protege y salva de toda clase de peligros, en la hora de la muerte salva de las penas eternas del infierno, y despues de la muerte, al primer sábado lleva al cielo las almas que están en el purgatorio. No dejes, hijo mio, esta librea de los hijos de María, y María no te dejará en la vida, en la muerte y despues de muerto.» Y así fué. En el primer combate que sostuve contra los franceses, todos los de mi compañía cayeron muertos ó heridos, excepto tres que llevábamos el santo Escapulario. Una bala otra vez se aplastó sobre mi escapulario, como si hubiese sido un muro de piedra. Y al entrar en accion despues de rezar los siete *Padre nuestros* y encomendarme á la Virgen del Cármen, nunca temí, porque nunca juzgué morir de un balazo. Ahora, hijo mio, espero con tranquilidad la muerte, creyendo firmemente que María, que me ha librado de los peligros de la vida, en cumplimiento de su promesa, me libraré de la muerte eterna, y apiadándose de los pecados de mi juventud me llevará al cielo al primer sábado á cantar eternamente sus misericordias. Ten fe y confianza en la proteccion que María dispensa á los que visten su santo escapulario, y en vida y en muerte verás por consoladora experiencia con cuánta verdad se dice: Que los que obran bajo la proteccion de María no serán confundidos, ni pecarán.»

Así dijo el respetable anciano, y una lágrima de gratitud se deslizo de sus ojos, como testimonio de la verdad que encerraban sus palabras.

Quiera el cielo que todos los que se precian de ser hijos y amantes de Teresa imiten tan noble y cristiano ejemplo, teniendo á gran honra el ser hijos queridos de la que es madre de Teresa y nuestra, la Virgen del Cármen. Cubra siempre su santo escapulario nuestro pecho para ser protegidos de un modo especial por tan tierna Madre en vida, en muerte y en la eternidad; porque el escapulario de María es proteccion en vida, salvacion en la hora de la muerte, y libertad en el purgatorio. Así lo cree el piadoso cristiano, y la experiencia lo confirma de un modo consolador.—C.

TROVAS.

(A Natividad).

«Delicada y graciosa,
y fresca y linda,
entre todas las flores
una es la mia;

cuando la riego,
con amor y ventura
le doy un beso.

«Sus rosados colores
mi pecho ablandan,
su exquisito perfume
penetra el alma ;
y su vestido
de elegancia y finura
casi le envidio.

«¡Ah! su nombre es el nombre
de mi adorada,
que los campos del cielo
hoy embalsama.
¡Querido nombre
que presta su dulzura
aun á las flores!

«Mi querida Patrona,
santa Teresa,
escribia con plumas
de oro y de perlas ;
mas llegó un día
que las plumas que usaba
miró floridas.

«Desde entonces los valles,
por Dios benditos,
han criado entre rosas
y blancos lirios
las flores bellas
que se llaman hoy *plumas*
de mi *Teresa*.»

Estas trovas cantaba,
con suave acento,
regando las macetas
un ángel bello ;
para escucharlas
se paraban los vientos
de la alborada.

No, no diré tu nombre,
mi buena niña ;
oiga yo de tus labios
trovas tan lindas,
y sin trabajo
copiaré yo las notas
de esos tus cantos.—*J. A.*

UN LIBERTINO CONFUNDIDO.

—¿Por qué—preguntaba con descaro un mozalbete salido del colegio, á una modesta doncella, —por qué las mujeres españolas sois tan fanáticas y tan ignorantes que os creéis libres de todo mal, de todo peligro llevando un retazo de ropa, á que llamáis Escapulario?

—¿Y por qué, replicó con viveza la jóven interpelada, por qué V. hace gala de lucir ese cintajo, que, con perdon sea dicho, no tiene elegancia ni revela buen gusto? Y ese traje singular ¿por qué lo viste V. ?

—Es, respondió, un recuerdo de los grados ganados en el colegio. Me recuerda un mérito y es testigo de una distincion. Por eso lo ostento con orgullo, y no me ofendo porque otros, no sabiendo lo que representa, lo critiquen.

—¿Y yo no podré ostentar un recuerdo de una Madre adorada, á quien amo con pasion? ¿y no podré para despertar en mí el recuerdo de sus bondades llevar una insignia á mi gusto?

—Si, no lo llevo á mal ; siente muy bien semejante proceder en toda jóven bien educada, respondió el jóven.

—Pues eso es el santo Escapulario para mi corazón. La madre que tuve en este mundo, y que hoy está en gloria, me vistió el santo Escapulario desde mi infancia, como recuerdo de la protección que me dispensaría siempre aquella Señora á quien los cristianos llamamos Madre de misericordia. Jamás lo he abandonado, y seguiré vistiéndolo hasta la muerte, porque es para mí un medio para merecer un grado en la gloria eterna; es una distinción en vida para atraer siempre sobre mi alma las miradas y protección de María. María es mi Madre, caballero; su Escapulario es para mí el mejor distintivo de sus hijos. ¿Por qué le ofende y critica esta muestra de cariño filial? No aprecio el retazo de ropa por lo que en sí vale, sino por lo que me representa, por ser un amoroso recuerdo de la mejor de las madres.

Así dijo la jóven católica con gran contento de los que la escuchaban, y con gran confusión del inconsiderado jóven, que se creía hombrearse dándose aire de libertino y despreocupado.—A.

UN MILAGRO CONTÍNUO.

Este privilegio tan puro y casto de no criar piojos sus hijas, alcanzó la santa Madre en su convento de San José de Avila, donde asentada la observancia y fervor, que admira al mundo, sus religiosas deseando mayor cruz en sí mismas, dejaron las túnicas de estameña, y vistieron otras de gerga áspera, que servía de cilicio; pero ocurrió después el escrúpulo de falta de limpieza, que podía ocasionar la gerga, y que las habían de estorbar la oración los piojos. Animólas la Santa, exhortándolas á que esperasen de Dios el remedio. En el mismo día, después de Maitines, entre diez y once de la noche, determinaron hacer una procesion vestidas de dichas túnicas, y llevando un Crucifijo por guía, con velas encendidas, fueron al coro, donde la Santa se había quedado en oración; cantaban himnos y salmos, y entre ellos, una coplilla elegante que decía así, y dejó aquí copiada por tan graciosa, como de santa Teresa.

Pues nos dais vestido nuevo,

Rey celestial;

Librad de la mala gente

Este sayal.

Llegadas al coro y postradas, hicieron oración al Santísimo Sacramento, y fueron á tomar la bendición de su santa Madre: enternecida ella con la devoción de sus hijas, las animó, y para alegrarlas con aquella sal del cielo, hizo otras coplitas de repente, correspondientes á las que ellas cantaban, y decía:

La Santa. Hijas, pues tomáis la cruz,
Tened valor,
Y á Jesús, que es vuestra luz,
Pedid favor.
El os será defensor
En trance tal.

Todas. Librad de la mala gente
Este sayal.

La Santa. Inquieta este mal ganado
En la oracion,
El ánimo mal fundado
En devocion ;
Mas en Dios el corazon
Tened igual.

Todas. Librad de la mala gente
Este sayal.

La Santa. Pues vinisteis á morir
No desmayeis,
Y de gente tan civil
No temeréis.
Remedio en Dios hallaréis
En tanto mal.

Todas. Pues nos dais vestido nuevo,
Rey celestial,
Librad de la mala gente
Este sayal.

Todas. Librad de la mala gente
Este sayal,
Pues nos dais vestido nuevo,
Rey celestial.

Fué extraordinario el gusto que tuvieron las religiosas y la Santa, y no se levantó del puesto donde estaba, hasta que Cristo la concedió el raro privilegio de no criar sus hijas piosos, como lo comenzaron á experimentar ; y hoy se ve patente en todas, y tambien en muchos devotos de la Santa, como dice la Crónica de la Reforma. Al fin de este privilegio, autorizado con tantas gracias de la Santa, debe añadirse la siguiente: No haciendo la santa Madre memoria de sus hijos en este privilegio, le dijo la Madre María de san Francisco por qué no lo participaba á sus hijos. Y respondió la Santa: Calla, hija, que ellos son hombres.

Pensamientos de santa Teresa de Jesús.

La santa pobreza es un bien que todos los bienes del mundo encierra en sí: es un señorío grande: es señorear todos los bienes del otra vez, á quien no se le da nada dellos. (*C. de perfec., c. 2*).

No hay cosa que así haga rendir á Dios como la humildad. (*Id., c. 16*).

Es hermoso trueque dar nuestro amor por el de Dios. (*Id.*).

El verdadero amor de Dios, si está en su fuerza, y ya libre de cosas de tierra del todo, y que vuela sobre ellas, es señor de todos los elementos del mundo. (*Id., c. 19*).

Permite Dios dias de grandes tempestades en sus siervos, para mas bien suyo. (*Id., c. 24*).

Dios no deja ningun servicio sin paga. (*Id., c. 35*).

Tu deseo sea de ver á Dios: tu temor, si le has de perder: tu dolor, que no le gozas; y tu gozo, de lo que te puede llevar allá, y vivirás con gran paz. (*Aviso 69*).

REVISTA DE LOS INTERESES DE SANTA TERESA DE JESÚS EN ESPAÑA.

Cuando la gloriosa España vencía las falanges morunas en las Navas de Tolosa, merced á los tercios castellanos, aragoneses y navarros, cuyo espíritu ardía en sentimientos de fe, oíanse por todas partes gritos de regocijo que formaban coros de alabanza al Dios Omnipotente, alternando con la plegaria y la Comunión el izar de las banderas sacras de Jesucristo y de la Virgen santísima. Militaban entonces y á su modo las aldeanas y los zagales, haciendo muy noble figura en aquellas cruzadas los muchachos, las doncellas y los pastores.

Todo llegó á realzarlo la fe que allana montes y colma valles; y nuestra amada España dió señales de un arrojo y de un patriotismo que se confundían con la provocación al martirio.

Por entonces se formaron cruzadas de niños que, al oír lo que se hablaba de la Tierra Santa, de Jerusalem y del madero de la cruz en que murió el Redentor del mundo, entonaban himnos de piedad en acento belicoso, y se ordenaban en legiones para atravesar los mares en busca de lauros para la fe cristiana. Francia enviaba á Marsella ejércitos de niños cuyo fervor y entusiasmo hacía olvidar á sus padres la soledad en que dejaban el caserío y los hogares aquellos pedazos de

su corazón; y á tal punto llegó el regocijo de Inocencio III, Papa entonces reinante, que al saber tales nuevas no pudo menos de exclamar suspirando: «Nos avergüenzan estos niños; mientras nosotros dormimos, van ellos gozosos á reconquistar la Tierra Santa.»

Y en efecto, aquellos prematuros cruzados pedían con tales instancias y llorando tan á lágrima viva que se les dejase ir á la guerra cristiana, que sus padres no pudieron resistir la súplica. Muchos niños violentaron las cerraduras de las puertas, y otros escalaron las casas y los muros para engrosar las filas informes de aquellas muchedumbres. Cuando se les preguntaba á dónde iban, respondían que á buscar la sagrada cruz al otro lado de los mares.

Era esto por los años 1212. Capitaneaba la cruzada de niños un pastorcillo llamado Estéban: él predicaba y arengaba á modo de apóstol y de guerrero, y le seguían niños y niñas de todas las clases de la sociedad.

Dios inspiraba este movimiento mas caballeresco que infantil, y Francia presenciaba asombrada como esos nuevos hijos de los hebreos bendecían á Jesucristo con el *Hossanna* de un sagrado entusiasmo.

Los cruzados gallegos no van ya en busca de la cruz que se encontró. Quieren conservarla en sus templos, y sobre los capiteles de las torres. Levántanse formando legiones por aldeas y caseríos; y al lado de ancianos, á quienes tanto encorva el peso de los años como levanta el ardor de la fe, van los niños con hoces y palos, y las niñas guiadas de piedad y de esperanza, pidiendo la conservación de la parroquia donde fueron bautizados, y que no cese el sacrificio del Dios vivo en los templos, que son casa de Dios.

Valor es menester para acometer á niños, mujeres y ancianos porque defienden su religion con el celo por la casa de Dios, gran sentimiento del verdadero patriotismo; y si á esto se agrega la tiranía de perseguir á nombre de la libertad y en corazones inocentes la manifestacion de la fe, entonces se declara formalmente que la política es impia y brutal la agresion.

Quien desde las alturas del poder concibe el proyecto de mortificar las conciencias, no entiende en verdad que la fe, si es comprimida, busca respiradero y lo encuentra siempre. Unas veces estallará en los campos; otras se dilatará en las mismas prisiones, y por fin, como don de Dios, es prenda de victoria que vence al mundo.

Por cierto que el Gobierno de la República, al disponer que los templos dedicados al culto católico fueran tasados, no contaba con la guerra hoy declarada por pequeñuelos invencibles; y ese cabo suelto, que nunca ha de atar, puede advertirle sobre la posibilidad de que aparezcan, cuando no se piense, mil y cien otros que se ocultan á la

mirada de los hombres, por muy versados que sean en la ciencia trascendental del *yo* y del *no yo*, de lo *subjetivo* y de lo *objetivo*.

De cualquier modo, los niños gallegos muestran saber el Catecismo de la Doctrina cristiana, y de seguro que con este humilde saber han de confundir la sabiduría de los sábios y la prudencia de los prudentes. No faltará un Papa que, al tener noticia de tales cosas, exclame suspirando: «Nos avergüenzan estos niños; mientras nosotros dormimos, van ellos gozosos á morir por la fe.»

Podemos asegurar que un digno alcalde, que se halla al frente de una de las poblaciones mas importantes de España, al recibir la orden en que se le mandaba que procediese á la tasacion de los templos, contestó en los términos siguientes: «Siento verme en la necesidad de manifestar á V. I. que no puedo de ninguna manera cumplimentar su orden. Y no puedo por tres razones, á saber: porque no tengo los peritos necesarios; porque carezco del dinero que para llevar adelante la tasacion hace falta, y porque, además, *no quiero*. Si al Gobierno central no le arredra el suscitar obstáculos, yo no tengo aficion ninguna á la politica peligrosa, que se complace en vivir amontonando dificultades.

«La medida que se me prescribe es injusta, inútil, y por añadidura peligrosa. Injusta, porque se falta al pacto hecho con el pueblo al decretar la libertad de cultos, puesto que tasar los templos es atentar contra una propiedad del culto católico. Inútil, porque la venta de los templos no ha de producir resultados económicos de ningun género. Y peligrosa, por último, porque los pueblos quieren conservar sus iglesias, y yo no puedo ni aun comprender cómo un Gobierno que se titula popular, puede mantenerse poniéndose en abierta lucha con la voluntad de los pueblos.»

Como se ve, esta circular no ha podido menos de ser leida con interés. Habla de miedo y peligros, que son, como nadie ignora, las únicas razones que comprenden los Gobiernos materialistas.

Sabemos de muchos alcaldes que, ó han contestado en los propios términos, ó, invocando los principios políticos, hoy proclamados, han manifestado que contra el vicio de mandar mucho está la virtud de no obedecer nada. Otros no han creido conveniente ni contestar al oficio en que se les remitia la circular. Y han hecho bien. Esto, dado la actual politica, no es un delito ni siquiera una falta.

Todo esto es consolador; sin embargo, no se olvide que las tempestades suelen renovarse y que el horizonte continúa bastante encapotado. ¡Qué Dios, pues, nos auxilie!

REVISTA EXTRANJERA.

ROMA. Su Santidad ha dirigido á los círculos católicos de Bélgica el siguiente Breve:

Pío IX papa.—Queridos hijos: Salud y bendición apostólica.

Mientras que la situación de la Iglesia llega á ser cada día mas afflictiva, y crece la impudencia con que se arrastra por los suelos su autoridad, así como la insistencia con que se trabaja para disolver la unidad católica, arrancándonos los hijos que nos pertenecen, vemos al mismo tiempo, queridos hijos, brillar con un resplandor siempre creciente vuestra fe, vuestro amor á la Religión y vuestra adhesión á esta Silla de san Pedro. Con objeto, no solo de hacer fracasar sus impíos esfuerzos, sino tambien de unir á los fieles con lazos cada vez mas estrechos, adunais vuestras luces, vuestras fuerzas y vuestros recursos; pero lo que Nos alabamos mas en esa empresa llena de piedad, es ver que vuestra aversion es completa á los principios *católico-liberales*, que tratais de borrar de las inteligencias en cuanto os es posible.

Aquellos que están imbuidos de estos principios hacen profesion, es cierto, de amor y respeto á la Iglesia, y parece que consagran á la defensa de esta sus talentos y sus trabajos; pero se esfuerzan sin embargo en pervertir su doctrina y su espíritu, y cada uno de ellos, segun la diversidad de sus gustos y de su temperamento, se inclina á ponerse al servicio del César ó de los que quieren vindicar sus derechos en favor de una falsa libertad. Piensan que es absolutamente necesario seguir este camino para quitar la causa de las disensiones, para conciliar con el Evangelio el progreso de la sociedad moderna y para restablecer la tranquilidad y el orden; como si la luz pudiera amalgamarse con las tinieblas, y como si la verdad dejase de ser verdad porque se la desvie violentamente de su verdadera significacion, y se la despoje de la fijeza inherente á su naturaleza.

Este error, lleno de asechanzas, es mas peligroso que un enemigo descubierto, porque se oculta bajo el velo especioso de celo y de caridad; y esforzándoos en combatirlo, y procurando alejarlo de los incautos, es como extirparéis seguramente la raiz fatal de las discordias, y trabajaréis con eficacia en producir y sostener la union íntima de las almas.

Sin duda no teneis necesidad de estas advertencias, vosotros los que os adherís con una resolucion tan absoluta á todas las decisiones de esta Cátedra apostólica á quien habeis visto condenar en diferentes ocasiones los principios liberales; pero el mismo deseo de facilitar vuestros trabajos y de que obtengais frutos mas abundantes nos ha llevado á recordaros un punto tan importante.

Continuad, pues, el combate que tan generosamente habeis comenzado, y esforzaos cada día mas en merecer mejor los plácemes de

la Iglesia, teniendo en perspectiva la corona que Dios os dará en recompensa.

Mientras tanto, os expresamos nuestro reconocimiento por los servicios que prestais, y deseamos á vuestra Sociedad un desarrollo siempre en aumento, con la abundancia de las bendiciones celestiales. Nos deseamos que el presagio de estos favores sea la bendición apostólica que os concedemos con gran cariño, queridos hijos, como muestra de nuestra paternal benevolencia.

Dado en Roma á 8 de mayo de 1873, año vigesimoséptimo de nuestro Pontificado.

— El príncipe de Torlonia, al ver la persecucion que sufren los Jesuitas en Roma y el despojo que han sufrido de sus casas, ha ofrecido al general de la Orden, R. P. Beckx, y á toda corporacion romana, hospitalidad en su magnífica quinta, conocida y admirada en Europa. El rasgo es verdaderamente de príncipe: ha llamado mucho la atención en Roma.

— La Emperatriz de Rusia regaló al Padre Santo un cáliz, cuyo precio hacen subir algunos á un millon de francos.

BÉLGICA. Segun un periódico de Bruselas, el Shah de Persia conferenció largamente con el Nuncio de Su Santidad en la recepcion que dió al Cuerpo diplomático. El Shah manifestó las mayores simpatías hácia el Papa, á quien hubiera querido visitar, y se mostró admirado por la firmeza con que Pio IX defiende, dijo, *sus incontestables derechos*.

AMÉRICA. La propaganda revolucionaria no descansa en ningun continente. Guatemala, que habia logrado hasta ahora gozar la incomparable dicha de la unidad religiosa, acaba de perderla por obra y gracia de los revolucionarios, que están explotando aquella república americana.

Gracias obtenidas por intercesion de santa Teresa.

No se ha olvidado en el cielo santa Teresa de Jesús de la condicion agradecidísima que la adornaba en este mundo. Yo, pobre hija de obediencia, he experimentado los efectos de su bondad de un modo maravilloso. Mas de un año hacia que me hallaba sumamente delicada, y los médicos de la tierra no hallaban remedio á mi mal. Llegó á mis manos un número de la Revista que V. con tanto acierto á mayor honra de la gran Teresa dirige, y luego confié que por intercesion de la Santa cobraria completa salud. Y así fué; pues, pidiéndoselo de co-razon y prometiendo insertar en la Revista este favor, me hallé luego

buena sin tomar ninguna medicina, y sin ayuda de médicos; de suerte que ayunó toda la Cuaresma, y asiste á los Maitines de media noche y sigue todos los actos de comunidad la que pocos días antes los médicos la daban por incurable y muerta. Gracias mayores me ha alcanzado todavía mi amada protectora, que no juzgo oportuno revelar. Solo si diré con tantas almas agradecidas á los favores de la gran Teresa, que es poderosa, que cuanto pide alcanza para sus devotos, y que pido por amor de Jesús y de Teresa que lo pruebe quien no lo creyere, y verá por consoladora experiencia que Dios es admirable en su santa Esposa.

Dispense lo mal dictado. Es el corazon agradecido el que habla. Se recomienda á sus oraciones quien le aprecia en Jesús de Teresa.

S. M.

Tortosa mayo de 1873.

GRACIAS

que se piden á santa Teresa de Jesús, y se recomiendan á las oraciones de sus devotos.

- La paz de una familia consiguiendo la conversion de un hermanito.
- Una necesidad espiritual.
- Dos personas que se hallan en una misma gravísima necesidad espiritual.
- Dos vocaciones.
- Valor para un alma atribulada.
- Una ciudad amenazada por la Revolucion.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE CAUTIVO Y POBRE.

Suma anterior. Rs. 1,518'50

- Una comunidad de religiosas Teresas ofrece su pobreza para el Sumo Pontífice cautivo y pobre, pidiéndole su bendición, y para la paz del mundo. 40
- Un capellan de Religiosas Teresas: Mira, Teresa de Jesús, desde el cielo á tus hijas; consérvalas en sus casas, y abrevia con tus oraciones los dias de prueba. 20
- Chilches.*— Vicente Jimeno. 64
- Corbera.*— Tomás Llop, Pbro.: Teresa santa; rogad á Jesús envíe pronto un Angel para hacer trozos mil de las cadenas que oprimen al que es el Prefecto de la casa de Dios, y el custodio y guardia de la viña del Señor Pio IX. 13
- * Un devoto sacerdote pide con fervor á la heroína Teresa de

| | | |
|-------------------|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| | Jesús, interceda al Señor se acaben los dias de prueba para el Sumo Sacerdote y su Iglesia. | 13 |
| » | Otros devotos claman á la inmortal Teresa tenga misericordia del Padre de los Padres y de España. | 39 |
| <i>Masroig.</i> — | Manuel Caves, Pbro., para que la grande Teresa clame al cielo se apiade del muy santo Obispo de la Iglesia Pio IX. | 10 |
| » | Una persona piadosa desea que la seráfica Doctora alcance la libertad al muy santo y muy feliz Patriarca Pio IX, y el triunfo de la Religion y la paz de España. | 20 |
| » | Una madre de familia suspira y pone por intercesora á la española Teresa para que salga ya de la cárcel el muy feliz y señor Pio IX, y que sus hijos sean preservados de la corrupcion del siglo. | 32 |
| » | D. Juan Camps, abogado, ruega á santa Teresa, gloria de Avila, para que logre del Señor una gran bonanza al Obispo elevado á la cumbre apostólica, á Pio IX. | 20 |
| » | Cándida Sadó: ¡Santa Teresa! por el amor de Jesús compadécete del príncipe de los Obispos, de Pio IX. | 8 |
| » | Raimunda Rius: Escuchadme, Virgen santa; no permitais por Dios tanta persecucion al soberano Sacerdote, al Papa reinante. | 8 |
| » | José Fernandez: No me cansaré de pedir á santa Teresa que vuelvan al heredero de los Apóstoles lo que injustamente le han quitado. | 8 |
| » | Pedro Anguera, Pbro: ¡Mujer fuerte! ¡Amada Teresa! Decid á vuestro divino Esposo que acelere los dias de confusion para los enemigos del máximo Pontífice, llavero de la casa de Dios, y convertidos unos y otros podamos cantar el <i>Te Deum</i> | 4 |
| » | Dolores Anguera: Incomparable santa Teresa, ven pronto á socorrernos y á consolar al Papa, príncipe de los Obispos. | 4 |
| » | Marina Tost: ¡Oh santa Fundadora! Multiplicad ahora vuestras hijas, vengan toscos sayales, sostened sus moradas y bata palmas el jefe de la Iglesia del mundo. | 4 |
| » | Francisco Voleto: Madre Teresa; alcanzadnos una verdadera paz y dias de gloria al Vicario de Jesucristo. | 4 |
| » | Isabel Masdeu: Teresa de Jesús: por Jesús, tened compasion de la Iglesia, del Cordero y su Pastor. | 4 |
| » | Una devota pide á la Santa la salvacion de todo el mundo y el alivio al milagroso Anciano. | 4 |
| » | Verónica Aragonés: Gloriosa Santa, aligerad, por lo que podeis, la cruz que sufre el Pontífice Rey. | 2 |
| » | Joaquín Asens: ¡Oh Teresa de Jesús! Volved al buen camino á los que persiguen al Romano Pontífice. | 2 |
| » | María Manrí: Dadme valor, ó Virgen magnánima, para que pueda clamar: ¡Viva Pio IX!. | 1 |

Suma. Rs. 1,842'50

(Sigue abierta la suscripcion).